

# ANTOLOGÍA DE MADRID



## LA CALLE DE ALCALÁ

POR AZORÍN

La calle de Alcalá... vamos a hablar en serio de la calle de Alcalá; en serio, poniendo en estas líneas toda la gravedad de un sociólogo o de un escritor de psicología social. Entremos en materia. Ante todo, haremos una afirmación que va a sorprender a los lectores no madrileños y a muchos madrileños. He aquí nuestro descubrimiento: La calle de Alcalá no se sabe la extensión que abarca. Cuando en 1831 publicó Mesonero Romanos la primera edición de su «Manual de Madrid», la calle de Alcalá, según el callejero que en ese libro figura, comenzaba en la Puerta del Sol y terminaba en la Puerta de Alcalá. (Es decir, que era una calle cogida entre dos puertas).

Cuando un noctámbulo, una dama elegante, un parlamentario, un provinciano distinguido dice «he paseado por la calle de Alcalá», ¿qué es lo que quieren dar a entender con esto? ¿Cuál es la calle de Alcalá para todas estas selectas personalidades? Examinando objetivamente el problema vemos que la extensión de la famosa vía es muy limitada. Una dama elegante, por ejemplo, acaso pueda decir que ha paseado por la calle de Alcalá cuando ha paseado por el trozo de La Equitativa. Pero ni esa dama, ni un periodista brillante, ni un autor dramático, ni un orador parlamentario dicen plenamente, a toda satisfacción, con toda conciencia, que han paseado por la calle de Alcalá, sino cuando han devaneado por el cortísimo trozo que va desde la calle de Sevilla hasta la de Cedaceros. Y esos pocos metros, lectores míos, es la verdadera y auténtica calle de Alcalá; la calle de Alcalá social y no topográficamente considerada.

En ese breve trecho se desarrolla lo más intenso de la vida madrileña. En ese corto espacio se dan cita cuantos de provincias vienen para llevarse una vara de alcalde o simplemente para conferenciar con el «diputado». En los radiantes días claros madrileños, el cielo se extiende con un límpido y soberbio azul. Durante la estación invernal, a prima noche, el momento marca todo el sabor de la vida madrileña. Discurren viejos tipos de españoles; pasan lindos ejemplares de muchachas de España.

(«Madrid. Guía sentimental», Biblioteca Estrella. Madrid, 1918.)



## LOS BAILES

POR PEDRO DE RÉPIDE

YA no existe el baile de Luciente, gala y prez del barrio de las Tabernillas; ni el del Norte, mapa de todas las flores chisperescas del barrio de las Comendadoras; ni el del Morrongo, ornato culminante un día de la calle de Buenavista; ni tampoco (así son de fugaces las glorias de la tierra) el baile de la calle de Arango, que fué en un tiempo el glorioso recinto de la majeza chamberilera. Pero gracias a Dios sean dadas a la alegre musa danzarina no han de faltarle templos a su agitada devoción. Para todo chulo que se estime, la Costanilla, por antonomasia, es en Madrid la de San Pedro. Al decir la Costanilla a secas no se podrá entender que sea la de los Angeles, ni la de los Desamparados, ni la de San Vicente, ni la de los Capuchinos, ni la de las Trinitarias, ni la de San Andrés. Es únicamente la de San Pedro; y al decir así, la Costanilla, quiere decir que se nombra al más nombrado de los bailes de ahora. Y no se quede atrás el de la Flor, que impera en un viejo palacio de grandes balcones ancestrales; ni el de la Rosa Blanca, galante algazara de la calle de Tudescos; ni el de la Flor de Chamberí, sucesor de las glorias del baile de Arango; ni tampoco se deje por apartado ese olimpo, antípoda del griego, que se abre en pleno campo goyesco, en la calle de Doña Urraca, a la margen misma del camino de San Isidro.

(«El Solar de la Bolera». Ediciones Nuestra Raza. Madrid.)



## LAS HORAS BONITAS

POR EMILIO CARRERE

Las horas más bonitas de la calle madrileña son de doce a dos de la tarde y de seis a ocho de la noche. No dudo de que algunos madrugadores recalitrantes—los tozudos del madrugón—me dirán que a ellos les entusiasman las ocho de la mañana. Pero éstas son preferencias anormales o masoquistas que sólo deben ser tenidas en cuenta por los psiquiatras. Rechazo, pues, con repugnancia esa hora de los traperos y de las criadas, que esperan nuestro paso bajo sus balcones para arrojar sobre nuestras ropas recién cepilladas todo el polvo acumulado en las alfombras durante las últimas veinticuatro horas.

Me refiero a las horas bonitas del invierno en la ciudad. Y enérgicamente rechazada sin atenuantes esa hora gélida en que los oficinistas van muy de prisa, asomando la colorada nariz sobre la bufanda—como un pimiento inexplicable situado entre un sombrero y un gabán—, quiero hablar de la simpatía luminosa que tienen algunas calles de doce a dos. Estas no son las calles tumultuosas de los pisotones, los codazos y otras delicias de la urbe grande, sino las peripatéticas, por las que se puede pasear conversando o contemplando. Hay una calle singularmente atrayente: la de San Bernardo. La clásica calle Ancha, la de la vieja canción de corro.

Esta calle, de doce a dos, es una sonrisa de perenne juventud. Reverbera el dulce sol de invierno en las vidrieras de los balcones con macetas. Todos los balcones de la calle Ancha han sido balcón romántico de amores estudiantiles. Hay muchos obradores de modistas en las calles apiñadas en torno a la Universidad—Alamo, Pozas, Noviciado—. Siempre hay modistillas de dieciocho años: madrigal y pasodoble, ramos de claveles que perfuman todos los tiempos con fragancias de Mimi Pinson. Es la calle de los billares y de las librerías de viejo—el texto de Química hecho carambolas—, donde a veces se juntan, en contraste de buho y go-

rión, el erudito y el escolar. En la acera del sol los viejecitos sonrían—recuerdo o despedida—; los pobladores de la calle—no son transeúntes, porque apenas caminan—gozan de esa delicia de ver pasar caras bonitas, de oír el repiqueteo de pies diminutos sobre la acera, de gozar del calorillo inefable de la solana. El placer de tomar el sol, sin tener otra cosa que hacer, es la expresión más exquisita de la libertad humana.

De seis a ocho de la noche refulge de brillos de escaparates, de animación populosa todo el cogollo mesocrático de la ciudad. Calles de la Montera, de Preciados, del León, de la Magdalena—cada una con su guiño propio—. Vocerío de los vendedores de periódicos; mujeres guapas que taconeán maravillosamente—en cualquier calle y a cualquier hora siempre podemos ver por lo menos veinte mujeres guapas—. Lo que se llama aún el centro, las calles mesocráticas y los barrios que todavía lucen un resto de garbo majó, tienen en estas dos horas una expresión joven, un brillo alegre.

(«Madrid en los versos y en la prosa de Emilio Carrere», Ediciones de la Sección de Cultura del Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1948.)



## CASAS MADRILEÑAS

POR JOSÉ ORTEGA Y GASSET

EN las calles de Madrid encontramos cada día mayor número de casas «madrileñas». Parejamente, Sevilla se está llenando hasta los bordes de «sevillaneras». Ahora vamos a preguntarnos si éste es un hecho reconfortante o desesperante. Para ello conviene descender a su raíz. La raíz está en la mente del propietario o del arquitecto que ha construido la nueva casa antigua.

¡La nueva casa antigua...! He aquí una expresión que yo no había buscado. Ha venido espontáneamente bajo la pluma, como un can a quien un gesto indeliberado de nuestra mano, invita a tenderse a nuestros pies. Por mi gusto la hubiese detenido hasta el fin del artículo, a fin de que el lector ignorase mi actitud ante el hecho que voy a analizar. Pero ya no hay remedio: esa expresión descubre a destiempo la escasa simpatía que siento, no hacia la casa «madrileña» o «sevillana», sino hacia el estado de espíritu que lleva a construir en 1926 una casa del siglo XVII o XVIII.

Si analizamos el estado de espíritu que hace posible semejante *performance*, hallaremos estos ingredientes:

Primero, el deseo de hacer, no sólo una casa, sino una casa con estilo. Este es el único componente laudable que hallo en la inspiración de estos constructores de ruinas y fabricantes de antigüedades. Hasta hace pocos años no se edificaban en Madrid más que puras casas, donde no se hacía el menor sacrificio a la gracia posible de las formas. Tres generaciones de españoles han ejercitado la más resuelta voluntad de estilo. Si esta eliminación de toda belleza hubiese obedecido a algún principio positivo—como en el cuáquero que rehúsa todo servicio a la estética por parecerle inmoral—, la desnudez de las habitaciones se habría convertido contra su propósito, en una nueva gracia inesperada y hubiera sido inevitablemente un estilo.

Estas casas nuevas del siglo XVII y XVIII, que ahora van repoblando Madrid, anuncian que la vida española empieza a cobrar sentido y a entrar en disciplina. Sus constructores hacen un sacrificio a la belleza, noble gesto liberatorio en que derramamos algo de nuestro bienes, en honra a un poder divino. Y la belleza, sin duda, tiene algo de divinidad.

(«El espectador», tomo VII. Obras completas. Espasa-Calpe. Madrid, 1932.)



## MADRID DE HOY

POR ANTONIO DÍAZ CAÑABATE

MADRID crece. Madrid se ensancha. Madrid se eleva a los cielos de los rascacielos. El gran Madrid ha nacido. Pero el pequeño Madrid no ha muerto. Este pequeño Madrid es un granito de sal. Este granito de sal se derrama y desparrama por calles y callejas, plazas y plazuelas; lo llevan en la punta de sus lenguas, en el aire de sus palmitos y en el tacón de sus zapatos las mujeres madrileñas. Junto al oso y el madroño, junto a las siete estrellas, yo pondría en el escudo de Madrid un granito de sal. Este granito de sal lo guarda un salero singular, que no es de vidrio, sino tejido con músculos. Este salero es el corazón de los madriles que reparte y distribuye donaire y gracia en vez de sangre. Este salero lo vierte el cielo y en lugar de mala suerte esparce alegría envuelta en rayos de sol y coloreada de azul de cielo. A cada uno nos toca una chispilla. Hay quien no la recoge; pero hay quien se apropia de varias. Y las saladas chispillas revolotean de aquí para allá, y no sólo se detienen en las personas, sino que algunas se posan donde el azar las lleva, y así, por ejemplo, surgen las acacias, que es árbol en Madrid distinto a los que crecen en otras tierras. Una acacia madrileña es como una muchachita vestida de verde y que tuviera mil brazos, porque dos son poco para abrazar la calle y para marcarse un *schotis*—dos pasos para adelante, dos pasos para atrás— cuando el viento agita las ramas.

(«Pregón de fiestas madrileñas», Madrid, 1950.)



## SINTESIS DE MADRID

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

EL casticismo de Madrid, y no precisamente por Goya, es un casticismo de lujo sobrio, sin lo que tienen otros casticismos españoles, en lo que lo morisco es inseparable de lo independiente. Lo castizo de Madrid es barroco propio.

Madrid es la capital del mundo más difícil de comprender. Es incomprensible como un gran artista, como lo que tiene algo de genial.

Madrid es finura y postración, silencio y luz. Sólo alguna ciudad egipcia de otro tiempo pudo tener tan masticada psicología.

Madrid se disimula con su modestia, y se muestra en casas bajas que huelen a pan.

La condición de Madrid es hacer que todas las cosas tengan el regusto de sí mismas. La gracia de todo está en esa bifurcación sencilla y honesta alrededor de sí mismo.

Yo, que soy madrileño, no he perdido de vista nunca su aire leve, limpio para las teorías, humilde para mayor claridad del vivir, que hace que todos los grandes ambiciosos se desplacen en su estadio.

Madrid estriba en gracias inaprensibles que por su falta de tono no son muy literatizables. Algunas son gracias con repeluzno, como esas nubes madrileñas que parecen blancas y que al atardecer nos encontramos con que son moradas, y como ese misterio de la primavera sin el cariz hobo y sobradamente optimista de las primaveras, pues la nieve de la Sierra pone arrepentimientos de ser primavera en la primavera y la cruza de hondura.

Madrid es encontrar esas afueras optimistas y no profesionales del afuerismo, en que revuela el resultado del escrutinio de las meriendas reunidas.

Madrid es una capital blanquita, blanquinosa, sobre todo cuando se da polvos de invierno.

Madrid es tomar por humo de fábrica el humo de las hojas que se queman en montones.

Madrid es un sitio en que no hay que hacer caso de sistemas engañosos, como de que todo el mundo se queje de todo cuando nadie tiene por qué quejarse de nada, pues todos han inventado su sinicura, ya que sólo aquí los Ministros responden a las peticiones pidiendo una fórmula para cumplirlas.

Madrid es el platero de portal y el regatonero de portal que pone una contera por cincuenta céntimos, y es la participación gratuita en las grandes loterías.

Madrid es el encontrar muchas prenderías y tener junto a la Gran Vía librerías de viejo y tabernáculos baratos.

Sus suburbios no son suburbios, pues llevan una vida meridiana y pueblerina.

Frente a toda grandiosidad responde Madrid apaisándose, y no tiene ese emprendimiento piratesco y sin fondo de otras ciudades. Madrid vive en parentesco de todas sus calles, y mucho nos tendríamos que complicar para que surgiese el sentimiento acaparador del Universo que alienta en el monstruo de las capitales de nación.

(«Elucidario de Madrid». Ediciones CIAP. Madrid, 1931.)



MADRID DE MADRUGADA



Por AGUSTÍN DE FOXÁ

Madrid de la madrugada:  
botijo y luna;

unos grillos

tocan su Pascua de insectos  
en la calle de Cervantes,  
y el borracho de la esquina  
ya mueve toda la calle  
y hace cubierta de buque  
la plaza, fija y eterna;  
va con su sombra violeta  
coleccionando ciudades.

¡Qué loco el caballo blanco  
del «simón!», entre los taxis.

Con su fantasía estrecha  
—compás cerrado—imagina  
prados entre los solares.

El picador de los toros  
es, en su muerte, su arcángel

de plata y gamuza:

una

mujer se vende en la calle  
para pisos con braseros,  
cromos, lavabos y naipes,  
besos de cuatro pesetas  
y un desnudo de lunares;  
en los labios  
bacilos de Koch y el gusto  
de anís.

Los faroles se hacen  
serenos muertos; perfiles  
pálidos de claridades;  
y yo vengo con mi vino  
—cinco estrellas en mi sangre—  
En las fachadas se hielan  
yesos de nicho;

¡cristales...!

La campana de las monjas  
anuncia yemas y hojaldres.

(«Antología poética». Madrid, 1950.)



EL RASTRO



Por JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA

Ir al Rastro en domingo, es encontrarlo más animado, más alegre, cuando abundan más las ventas, montones de faldas y pañuelos; todo parece que se rejuvenece, que lo asean; pero en los días de trabajo es cuando vemos y encontramos más cosas estrambóticas y raras, montones de americanas y chaquetas cortas, de chulos; chisteras, sombreros hongos, fracs y chaqués empolvados y desteñidos, capas con embozos descoloridos de gentes que duermen hace muchos años en los panteones y en la fosa común.

El Rastro es el sitio más industrial de Madrid, donde más se trabaja. En pequeños departamentos, separados unos de otros por unas telas, a manera de tabiques, vemos todo lo que nos hace falta: herramientas, camas, cómodas, sillas desvencijadas que luego las reparan y las dejan como nuevas, despojos de cosas que fueron, mantas, cuadros y *albums* de fotografías descoloridas de tipos del año 30, de la época romántica.

Hay tiendas de baules, pilas de sillas y muebles mezclados con los más diversos objetos. Los mozos de cuerda husmean a los compradores. Estos mozos viejos y humildes, que no se ven más que en el Rastro.

Estos puestos son los de Las Américas. Arriba, en la cuesta de la Ribera de Curtidores, los puestos son más aseados, todo es más limpio.

Más abajo cruza por allí la Ronda de Toledo y éstos son los últimos y más pintorescos puestos del Rastro.

(«Madrid. Escenas y costumbres». Madrid, 1913.)



IMPRESION MADRILEÑA



Por RAMÓN LEDESMA MIRANDA

Todo el que se despega de Madrid y vuelve a sus ámbitos, se pasma de la increíble luz, del «sereno y feliz espacio de cielo» de que habla Lucio Marineo Sículo, de la conjunción deslumbradora de industrias y materias claras, del cromo, de tapiz alegórico, de la porcelana del Retiro. Del agua de Lozoya. Del albillo. Uvas y aguas de los más finos cristales. Del acento cortesano risueño como un silbo. Madrid está siempre amaneciendo. Respira un eterno mayo. Son sus días los de la gracia y revuelta primavera que adviene para el rocío de las violetas y el frescor de la fresa y de los claveles.

(«Carácter de Madrid en dos etapas». «Sí», 1º agosto 1942.)



LA CIUDAD ALEGRE



Por FEDERICO SÁINZ DE ROBLES

Madrid tiene un alto cielo azul, delgado y claro. Madrid, casi siempre, gasta de su sol, moneda de oro tan bien acuñada como la mejor. Madrid rebaña en la serenidad del ambiente su posición terrícola y sus aspiraciones extraterritoriales. Pero Madrid no es una ciudad alegre. ¿Quién lanzó el topiquillo de su algazara y la adverbación de su sensibilidad a la acidia? ¿Quién le entremetió en las rutas impresas del Baedeker y en las rutas de la efectividad con el sambenito de las castañuelas, el marchamo de la manolería y la revuelta y la revolora del retruécano? Todos los extranjeros que suspiran por Madrid—si es que aspiran a Madrid siquiera—le rinden los suspiros y le alegran los párpados mientras pronuncian palabras sueltas entre las que se suponen las admiraciones y los puntos suspensivos... ¡Madrid...!

(«Cuerpo y alma de Madrid». Ediciones Crisol. Madrid, 1945.)



LA GRAN VÍA



Por ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

¡Qué drama madrileño el de la Gran Vía! ¡Cómo luchan en ella la piedra, el ladrillo y el aire y el suelo y la gracia de Madrid contra el hormigón armado, contra el asiatismo mesopotámico y rascacielos de su arquitectura antiespañola, antitradicional y «sin medida» (¡la «medida», el secreto de Europa y lo católico!). Todavía en el primer trozo de esa avenida queda como una antigua fragancia de solera, una degustación sabrosa que le viene de la calle de Alcalá, de la Cibeles, de la parroquia de San José y de las afluentes laterales que llegan de la Puerta del Sol, Montera, Infantas, Fuencarral... Pero después todo se transforma en película, en exotismo, en judería internacional, en vía que huye cuesta abajo hacia una estación cargada de maletas, de hoteles, de cines, de transeúntes con caras extranjeras, de rumores cosmopolitas y olor a gasolina, con luces cegadoras y turbias de neón por la noche.

(«Madrid nuestro». Editora Nacional. Madrid, 1942.)

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA  
Redacción y Administración: Serrano, 117  
Teléfono 33-39-00 :: MADRID

Sumario del número 63, correspondiente al mes de marzo de 1951

ESTUDIOS:

Hacia una teoría del intelectual católico, por Pedro Laín Entralgo.  
La España que conoció el General San Martín. (Para la comprensión de la independencia de América), por Ismael Sánchez Bella.

NOTAS:

El retrato de Isabel la Católica, del Palacio de Windsor, por Diego Angulo Iñiguez.  
El cine: influencia real de un arte de ilusión, por Víctor García Hoz.  
De España a Europa, por Miguel Cruz Hernández.

INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO:

La situación de la prensa francesa, por Manuel Vigil y Vázquez.  
Christopher Dawson ante la crisis inglesa, por Esteban Pujals.  
La educación de la juventud en la zona soviética alemana, por E. A. Mathis.  
Noticias breves: Organización actual del Foreign Office después de su reforma.—Recitaciones de la historiografía centro-europea.

DEL MUNDO INTELECTUAL

INFORMACION CULTURAL DE ESPAÑA:

Crónica cultural española: Sistemas de ideas y sistemas de hombres con ideas, por Roberto Saumells.—El Centenario de los Reyes Católicos, por Florentino Pérez Embid.

Carta de las regiones: Navarra, por Rafael Gamba.

NOTICARIO ESPAÑOL DE CIENCIAS Y LETRAS

BIBLIOGRAFIA:

Comentario: Observaciones a la tesis del Imperio hispánico y los cinco reinos, por Rafael Gibert.  
Reseñas de libros españoles y extranjeros.  
Revista de revistas.—Libros recibidos.

SUSCRIPCIÓN ANUAL: 125 ptas. — NUMERO SUELTO: 15 ptas.  
NUMERO ATRASADO: 25 ptas. De venta en todas las buenas librerías